

El camino de La Habana

Noé Jitrik

Celorio, Gonzalo, *Tres lindas cubanas*, México, Tusquets, 2006.

Desde hace medio siglo, Cuba ha sido noticia en gran parte del mundo; en ocasiones más, durante décadas menos. Antes también lo era pero la imagen no era precisamente la más decorosa; el decoro empezó con la Revolución que muy rápidamente se convirtió en gesta y convocó los sentimientos de millones de personas que ansiaban algo diferente, no tal vez solo para ese país, sino para toda la humanidad. Adhesiones fervorosas, ataques impiadosos por querer lo mismo y, muy pronto, el desagrado norteamericano que se tradujo en un bloqueo tan estúpido y prolongado como cruel.

Las adhesiones fueron de diferente consistencia; algunas perduran, obstinadamente, como si la imagen primera que exhibió la Revolución no se hubiera modificado para nada; otras duraron un tiempo y luego, poco a poco, a medida que ciertas cosas no funcionaban como se esperaba y creía, se fueron alejando. Otros, al poco tiempo emprendieron una furiosa separación que se tradujo en esa doble realidad que es la Cuba isleña y la de Miami: en realidad unos y otros no se soportan; los que se fueron eran gusanos, los que se quedaron eran esclavos. Así, obviamente, no se puede hablar.

Pero tampoco hay que hablar de eso. Dije que hubo algo así como cambios. Sin duda: de un país que vivía de prestado a uno que empezó a destacarse en muchos aspectos, con los precios que tuvieron que pagar, pero eso no quiere decir que todas las cosas hubieran cambiado; no cambió la lengua, no cambió el gracejo, no cambió la música, no cambió la literatura, aunque en algunos, no pocos, casos, músicos y escritores creyeran que “debían” invocar el sagrado nombre de la Revolución con el objeto, sentimental, intelectual y político, de defenderla con melodías y poemas. De aquella perduración debemos felicitarnos, aunque no nos felicitemos de la perduración de lugares

comunes de la izquierda o el nacionalismo. ¡La música! Por alguna razón, el redescubrimiento de los viejos rumberos y soneros que hizo Ry Cooder cruzó el mundo y reavivó el entusiasmo por Cuba, pero equívocamente, porque esa música expresaba una Cuba anterior, entre la rebelde y la *non sancta*. Extensa cuestión, que viene ligada al lenguaje: se sabe que los cambios en el lenguaje no se producen automáticamente cuando cambian las relaciones sociales; en ciertos casos, los lenguajes se obstinan en seguir siendo iguales y, si se ven constreñidos u obligados, dan lugar a una suave nostalgia, como las que experimentamos al escuchar las voces de Benny Moré o de Barbarito Díez, o de María Teresa Vera, o de Elena Burke y aun de Bola de Nieve y ni hablar de la Orquesta Aragón y tantos otros remanentes de la Cuba del turismo prostibulario y narcotizado, vendido al peor postor. Ese país degradado tenía sin embargo algo, un señorío, una poesía de la gente y del paisaje que atrajo a gente como Hemingway que aunque no conociera a Lezama Lima, vivía, como él, el aire de ese mar con las grandes fauces de su poesía.

Asunto complejo el de lo que viene del pasado y lo que la Revolución, un presente que va durando cuarenta y seis años, ha intentado crear. Tal vez por eso tratar de comprender la Cuba actual sería difícil si no se conjugan los dos aspectos. Es lo que intenta, me parece, Gonzalo Celorio en su último libro, *Las tres lindas cubanas*, título de una canción que, al tiempo que le suscita un acercamiento a Cuba se relaciona con una historia familiar que une Cuba con México en las figuras de esas tres hermanas, dos tías y una madre, que lo encarnan todo: la que se va temprano a México y funda una estirpe de la que el propio Celorio es miembro, la que se va de la isla para encontrarse en Miami con su propia desdicha y soledad, y la que se extingue en la isla, convencida de una Revolución que, a través de uno de sus subproductos, la despoja de su memoria y la abandona a su suerte y a su muerte.

No es improbable que algunos lean este libro como si fuera, por empezar, autobiográfico puesto que hay una primera persona que relata hechos en apariencia reales; no podemos saber si viajó a Cuba todas las veces que lo señala ni si su madre realizaba prodigios con la economía doméstica pero a mí, personalmente, nada de eso me importa pues lo que me importa es el cuadro que traza, siempre brillante, siempre con un ajuste expresivo en la modalidad del medio tono rítmico, reminiscencia de danzón quizás, de son o de rumba, con esa suave pátina, en ese ritmo. En segundo lugar, habrá quien lea este libro sin decidirse a pensar si es una novela o un testimonio: quizás necesite tener claridad a ese respecto pero, otra vez, declaro mi indiferencia por esa precisión; por fin, no faltarán, seguramente cubanos de ambos mundos, quienes lean la historia de un intelectual que, fascinado de entrada por la Revolución y demostrándola en sucesivos viajes, va advirtiendo un deterioro que lo aflige aunque no lo lleva al denuedo ni a desgarrarse las vestiduras, desencantado y furioso como el niño enojado (Cabrera Infante) o el deslizante (Arenas), arrastrados por el significante.

Y si no se trata de esos tres modos de leerlo, ¿cómo leerlo? Yo diría que se trata más bien de una indagación a través de la palabra que, como canoa, le permite atravesar el tiempo remoto de los avatares familiares y el tiempo dramático de un presente melancólico porque ya no se es el mismo, porque las tres lindas cubanas han muerto, porque la Revolución está mostrando lo que no ha podido hacer y parece decrepita pese a los discursos todavía encendidos y que bloquean todo diálogo.

Este modo de imaginar de Celorio no es nuevo aunque es más perfecto; siempre hubo algo que lo atraía y deslumbraba en su entorno y que le provocaba sacudimientos emocionales y estéticos, la Catedral de México, el Mercado de Mixcoac, la turbulenta noche del Zócalo. Yo tengo la impresión de que esa búsqueda está llegando a su fin, en la medida en que el exterior que lo rodeaba es aquí el interior que lo formó y formó esas figuras entrañables, admirablemente evocadas: hermanos y hermanas, padre y madre, encantadoras tías, amigos, tierno humor acerca de obstáculos que frenan el encantamiento o la seducción. Aquí, me parece, la seducción es de la palabra que envuelve y proyecta, emite resonancias y al mismo tiempo dibuja una ascesis a la que se le da término porque los caminos que sigue un hombre ya no son los del encuentro con lo que ve y admira sino los senderos más escondidos de la comprensión.

Y eso, creo, es finalmente la literatura, novela o no novela, testimonio o no testimonio, imaginación o no imaginación. Pero, eso sí, siempre poesía.